

e. haro tecglen

recta de los Estados Unidos— y los hábiles cambios políticos en todo el mundo árabe. La muerte de Nasser, en septiembre de 1970, fue un momento en el que se temió que los «duros» —Sabri— pudiesen tomar el poder y alterar la situación. Poco a poco se les ha ido minando el terreno bajo los pies, hasta que, al final, han caído. Esto no quiere decir que no vayan a reaparecer en algún momento en que las circunstancias les pudieran hacer útiles.

¿ES un camino hacia la paz? Seguramente, no. Lo que se podría entender teóricamente por paz, en forma de un tratado entre Israel y sus vecinos árabes, en forma de acuerdo satisfactorio sobre cuestiones fronterizas y normas de coexistencia no parece próximo, y quizá no llegue a ser conocido por estas generaciones. Ni Israel se retirará de la península de Sinaí, de Charm el Cheik, ni la RAU aceptará la pérdida pura y simple de esos territorios. Los Estados Unidos no tienen fuerza suficiente para presionar sobre Israel en ese sentido, en el de que devuelvan lo conquistado, según ha ordenado la ONU, entre otras razones porque la penetración judía en el «establishment» americano —se ha dicho, con media ironía, que Estados Unidos es un satélite de Israel— es demasiado fuerte. Pero si se entiende por paz la ausencia de guerra, la prolongación de una situación, la cuestión es diferente. Puede ser que algunos elementos considerados como integrantes de la paz —como la apertura del canal de Suez, que conviene a casi todos los actores de esta tragedia— se vayan produciendo.

SIN embargo, para que la opinión pública árabe acepte simplemente esta prolongación de la ausencia de guerra como un hecho positivo, es preciso que obtenga alguna forma de concesión, y no solamente retórica. Más o menos parece que este ha sido el mensaje de Rogers a los israelíes, y la respuesta a sus reticencias en permitir que Egipto



«Hay, ciertamente, un riesgo en la paz —les ha dicho Rogers—, pero también hay un riesgo en no aprovecharla cuando se presenta». (El secretario de Estado, William Rogers, informa acerca de su viaje al Presidente Nixon.)

ocupe las dos orillas del canal para que éste se abra de nuevo a la navegación: «Hay, ciertamente, un riesgo en la paz —les ha dicho Rogers—, pero también hay un riesgo en no aprovecharla cuando se presenta»...

BAJO todo este largo y lento juego diplomático, que de cuando en cuando se revela por signos externos —disparos entre guerrilleros y jordanos, algún golpe de Estado, algún viaje diplomático, alguna crisis ministerial—, y que consiste en la delicada relación global URSS-Estados Unidos y en el conservadurismo de los Gobiernos implicados, subyace la verdadera situación, más o menos enmascarada: la de las masas árabes y sus relaciones con los grupos de poder y de riqueza. Parece continuamente como si hubiese una revolución pendiente que no se resuelve en los infinitos movimientos parciales, en las demagogias, en las promesas de democracia y constitución, en la sustitución de los problemas reales de hambre, miseria y analfabetismo por los problemas superpuestos del antisionismo, el nacionalismo, el panarabismo, como antes lo fue el anticolonialismo, el antimperialismo.

Entre el partido comunista y los izquierdistas: una historia macabra

París.—La profanación de las tumbas de las dos personalidades más prestigiosas del comunismo francés —Marcel Cachin y Maurice Thorez— ha roto los lazos elásticos y frágiles que unían (o desunían) desde mayo del 68 al partido comunista con los diversos movimientos izquierdistas-maoístas, anarquistas, trotskystas, espontaneístas, etcétera.

Hasta ahora, y desde hace dos años, el partido comunista seguía una labor obstinada y paciente para recuperar a los jóvenes que lo habían abandonado o criticado durante y después de la explosión de mayo; con buenos resultados al parecer, pues según las estadísticas del partido comunista, muchos jóvenes, desilusionados por la falta de organización de los grupúsculos habían vuelto sus ojos hacia el partido comunista. De hecho, la irrupción incesante de jóvenes —cada vez más jóvenes— en la política y en la agitación, la estrategia del partido comunista de apertura hacia los socialistas y los liberales y la existencia de dos grupos estructurados que quieren situarse deliberadamente a la izquierda del partido comunista para canalizar a la masa desorganizada (el PSU de Michel Rocard y la Liga Comunista de Alain Krivine, —trotskysta—) impidieron la realización de esta tarea de recuperación. El primero de mayo sirvió para tantearse y contar las fuerzas; por primera vez en Francia se organizaron dos manifestaciones distintas para conmemorar la fiesta del trabajo; una, por la mañana, convocada por los izquierdistas, y la otra, por la tarde, por el partido comunista y la CGT. Según las agencias de prensa, 20.000 personas (en su mayoría jóvenes) formaron la primera, y unas 100.000 la segunda. La diferencia es grande, pero los «gauchistas» fueron lo bastante numerosos, organizados y decididos como para inquietar al partido comunista.

Horas antes de la primera manifestación se descubrió en el cementerio del Pere Lachaise (el más bello de París; allí descansa Chopin y los fusilados de la Comuna) que en las tumbas de Maurice Thorez y Marcel Cachin alguien había escrito frases o insultos como «Traidor» con pintura roja. Georges Marchais, secretario general del partido comunista, declaró al final de la tarde: «Después del desfile presidido por Rocard, Krivine y otros, y un grupo de "gauchistes" penetró en el cementerio del Pere Lachaise... (...) para cometer odiosas profanaciones en las tumbas de dirigentes obreros revolucionarios (...) sirven directamente a la gran burguesía. Ya en mayo del 68 sirvieron de argumento contra el potente movimiento democrático. Hoy, las actividades de los grupos izquierdistas —más o menos manipulados por los servicios de la Policía— corresponden a los deseos del poder, que, inquieto por el aumento del descontento, de las luchas sociales y el progreso de la unión, quiere reforzar su política autoritaria y doblegar al país».

Tanto el PSU como la Liga Comunista condenaron el acto del Pere Lachaise. Michel Rocard lamenta «la utilización de este incidente por la dirección del PCF, de acuerdo con la prensa burguesa»; Alain Krivine declara que «el ruido hecho

por la dirección del partido comunista de este acto, realizado por imbéciles o por provocadores exteriores a la manifestación, intenta hacer olvidar el éxito de la demostración organizada aquella mañana. (...) La indignación de Georges Marchais obedece a la inquietud tanto como a la emoción. No engañará a los trabajadores».

El martes, a la caída de la tarde, el partido comunista organiza una manifestación silenciosa en el cementerio «contra la profanación de las tumbas de dos grandes militantes obreros y contra los provocadores izquierdistas». Una muchedumbre impresionante acude a la cita, y «L'Humanité» advierte que esta respuesta «organizada en un solo día» debe dar que pensar a los izquierdistas.

Georges Marchais continúa su ataque por las antenas del ORTF, y declara a France Inter que las violencias de los «gauchistas», «lejos de favorecer la unión de los trabajadores, y de todas las capas sociales descontentas separan del comunismo a las fuerzas que debemos atraer». Condena después la violencia estudiantil: «No se nos convencerá nunca de que se favorece esta unión (de la izquierda) queriendo destruir el material de las empresas, en la Universidad, rompiendo las vitrinas, etcétera». Georges Marchais termina con una declaración solemne: «Nosotros queremos el orden. Efectivamente, queremos el orden».

Esta posición del partido comunista, que corresponde al deseo de la gran mayoría de los franceses, no deja de inquietar al Gobierno, que atraviesa desde hace meses una crisis de «aburrimiento». Ningún grupo o partido político había organizado hasta ahora una manifestación de masa contra los izquierdistas, contra los autores de violencias. Ni siquiera —observa un colega— los conservadores para protestar contra la profanación del monumento de la Escuela Normal Superior, que recuerda la memoria de Charles Peguy y Brossollette.

El temor de la burguesía es el siguiente: ¿Y si los franceses empezaran a pensar que el partido comunista es el único baluarte contra el desorden y la incoherencia?

RAMON LUIS CHAO.

Hace treinta y dos años...

Cerca de medio millón de españoles cruzamos la frontera francesa en aquel invierno de 1938-39, de aquellos 500.000 es muy posible que sólo quedemos una tercera parte, los años transcurridos y los acontecimientos intercalados han dado buena cuenta de los más y los que quedamos mantenemos nuestro recuerdo de aquellos que fueron nuestros compañeros de infortunio, de cautividad, de deportación, de muertes anónimas.

Posiblemente también podría empezar dedicando a mi padre un recuerdo con estas palabras de Christian Bernadac: «Il a connu l'enfer de la déportation et ne m'a jamais appris la haine». Si, mi padre es ya de los desaparecidos y sólo perdura su memoria sin odio, sin rencor. Tres palabras, sólo tres palabras formarían su mejor epitafio, unas palabras que por primera vez sonaron en mis oídos juveniles en el año 1938: «Paz, piedad y perdón».

Pasaron los años, vino la guerra mundial y con ella nuevos métodos de destrucción y aniquilamiento: los campos de trabajo, de deportación, de exterminio, lo que representa millones de seres que sufrieron y desaparecieron porque estor-

trajes
americanas
pantalones
camisas

Terlenka® **YOUNG**

... acostúmbrese a gustar!





baban, otros logramos supervivir, pero, ¿cómo?

Terminada la guerra en Europa y pasados los primeros momentos de alegría, comenzaron a presentarse en los hospitales una buena parte de los que volvieron: Dachau, Belzen, Buckenwald... yo ya me encontraba en el hospital de Pourpan de Toulouse, eran los años 1945-46 y allí con la tranquilidad de un hospital sin agobios, sin experimentaciones, sin cámaras de gas y hornos crematorios, empezamos a ver lo que más tarde se describiría con todo detalle: lesiones, mutilaciones, traumas provocados por estados de angustia constante, desnutrición, malos tratos, experiencias huma-

nas..., sin embargo, y a pesar de los años persisten lesiones ya crónicas en los más, de tipo psíquico, lesiones que han sido estudiadas y valoradas estadísticamente. De esta forma se conoce cómo han evolucionado aquellos trastornos iniciales que creíamos habían terminado con aquella pesadilla de horror: «kaupos», S. S., Gestapo, etcétera, etcétera.

El doctor L. Mury, de Marsella, ha logrado reunir un grupo de supervivientes: 250 antiguos deportados, divididos en varios lotes, según edad, sexo, afección, etcétera.

Los síndromes depresivos en general se han encontrado en un 24,4 por 100 de los casos estudiados, repartiéndose de la siguiente forma:

	%
Israelitas	29,4
Republicanos españoles	29,4
Servicio de trabajo obligatorio	28,5
Procedentes del Sudeste francés	28,5
Resistentes sin determinar	24,0
Resistentes extremistas	17,4

Si se incluyen los estados neuróticos graves, no comprendidos en las cifras anteriores, tendremos que se encuentran en los:

	%
Israelitas	47,0
Procedentes del Sudeste francés	28,5
Resistentes sin determinar	29,8
Republicanos españoles	29,0
Servicio de trabajo obligatorio	28,5
Resistentes extremistas	19,0

Las depresiones crónicas se dan en el 36,3 por 100 de las mujeres y en el 27,7 por 100 de los hombres. Están presentes en el 45,7 por ciento de los que tenían veinte años o menos bajo la forma de trastornos graves y en el 19,3 por 100 de los que tenían cuarenta años o más en el momento de la deportación.

En el 83,6 por 100 aparecen rasgos muy acusados de irritabilidad y en el 78,4 por 100 de hiper-emotividad. Toda esta sintomatología persiste en el 67,2 por 100 de los ex deportados a los veintitrés años de su liberación de los campos.

Síndromes psicopatológicos típicos, caracterizados por trastornos de tipo gastrointestinal con manifestaciones espasmódicas (en los que alternan estados de diarrea-estreñimiento), trastornos cardiovasculares, manifestaciones distónicas, lesiones coronarias, hipertensión, angina de pecho, valvulopatías, trastornos del ritmo cardíaco, cefaleas, lipotimias, vértigos, crisis vagales, etcétera, se han observado en el 84 por 100 de los casos estudiados.

Los trastornos sexuales menores aparecen en el 23 por 100 y los graves en el 45,3 por 100; los trastornos psicopatológicos están presentes en el 18 por ciento.

Los trastornos gástricos, tales como úlceras tanto gástricas como de duodeno, gastritis, dispepsias, se observan en el 84 por ciento.

El mayor número de casos procede del campo de Auschwitz, representado por un 48 por 100 de los casos estudiados.

Por experiencia propia, creo que estas cifras sólo representan una pequeña parte de las secuelas, consecuencia directa del «traumatismo concentracionario», ya que la mayoría de los supervivientes arrastran sus dolencias fuera de cualquier control estadístico. Son trastornos traducidos por pesadillas de trabajos forzados, angustias de campo de exterminio y miedo al sueño provocado por los trastornos de este tipo; lo sufren el 60,4 por 100 de los antiguos deportados, muchos de los cuales terminaron con el suicidio.

■ F. FERNANDEZ URRACA.

La Capilla siXtina

LOS EMPRESARIOS

Según parece, un grupo de empresarios catalanes ha dirigido un escrito al Gobierno pidiendo mano dura en la represión del movimiento obrero, quejándose por los juicios perdidos en Magistratura del Trabajo y proponiendo una especie de «cartilla de buena conducta» indispensable para dar trabajo a los solicitantes; todo obrero discolito, discrepante, subversivo quedaría de este modo fuera de juego.

No he dado crédito al rumor porque conozco a algunos empresarios catalanes, conozco su europeísmo militante, su civilizada actitud ante los textos de Marcuse, su divertida contemplación de la cultura «progresiva», incluso sus pinitos democráticos a la hora de interpretar todo lo que ocurre en Dahomey o la Antártida. Conozco igualmente su admiración por Lincoln, Kennedy, J.J. S.S., Martin Luther King y Gandhi y su apertura de miras sobre el asunto del new look desde los orígenes Christian Dior a la contemporaneidad de Mary Quant o Paco Rabanne.

Por eso me he resistido a creer el rumor y me he presentado en casa de un ilustre prócer enamorado de las artes y las letras, discretamente socialdemócrata, macrobiótico fanático, embelesado por las experiencias «hippies» de sus hijos mayores, que le salen mucho más baratas que los estudios con pedagogía a la page de sus hijos más pequeños. El señor Florensa es hoy capitán de la nao industrial familiar y su madura juventud es un prodigio de equilibrio psicopatológico garantizado gracias a la constancia del tenis, la sauna, los «week-ends» en Londres, y alguna ambiciosa escapada navideña a los mares del Sur. Florensa tiene el vicio, comprensible, de invitarme siempre a coñac peleón y a tabaco corriente. Lo hace para no escandalizarme (conoce mi puritanismo casi krausista) y yo agradezco hasta cierto punto su finura, pero de vez en cuando a nadie le va mal un traguito de coñac francés y un pitillo turco plateado.

Como tengo mucha confianza con él (le divierte mucho mi sección porque dice que en este país hace falta más sentido del humor), le he expuesto mi cuita sin preámbulos. Se ha concentrado con un gesto que le deben de haber enseñado en algún cursillo de administración de em-

presas (juntar las manos como en rogativa y situarlas a la altura de los ojos muy concentrados en la correcta juntura de los dedos) y me ha confirmado el rumor.

—Me parece que es cierto.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que ya era hora de que los empresarios tomáramos conciencia de clase. Las condiciones objetivas y subjetivas avalan esta toma de posición. Necesitamos una pronta toma del poder, instaurar una dictadura de clase de cara a agudizar las contradicciones internas de la clase antagónica y finalmente liquidarla. Una vez destruida la clase antagónica, llegaríamos a una sociedad igualitaria en la que desaparecería incluso la función del Estado.

—Concrétame eso en un «slogan».

—¡Todo el poder para los empresarios!

Sorprendentemente excitado, Florensa se había puesto en pie sobre su sillón relax diseñado por Joe Colombo y agitaba el puño cerrado. Con los ojos entornados por la pasión y la cara convulsa por el ritmo, se ha puesto a cantar:

A las barricadas, a los parapetos por el triunfo de la explotación. El bien máspreciado es la plus [valía, etcétera, etcétera.

Tras unos minutos de tránsito, Florensa se ha tranquilizado y me ha propuesto un pacto: si uno mis argumentos a los principios de la Revolución Empresarial, garantiza que en España podremos ver Mash y La caída de los dioses antes de cuatro años. No diré que no me haya sentido tentado, débil es la carne, pero he reaccionado a tiempo.

—Me siento solidario del proletariado.

—Pues, que te aproveche. Al fin y al cabo no necesitamos para nada a los intelectuales. Estoy de acuerdo con Castro en que sois unos brujos culturales. Todo hombre debiera hacer su propia literatura y pintar su propia pintura. Mira, como no me fiaba de gente como tú, yo ya empezaba a escribir y a pintar.

Y me ha tendido su libro de poemas: Oda a la escala móvil de salarios congelados, y mostrado su cuadro: Sant Jordi mata al marxista leninista.

SIXTO CAMARA